

DE BUENAS LETRAS

Tarjeta de desembarco

GUILLERMO E. PILÍA De la Academia de Buenas Letras de Granada

Tengo a la vista un curioso documento: la ficha que debió completar García Lorca al momento de desembarcar en el Puerto de Santa María de los Buenos Aires, que ese fue el nombre que le dio el granadino Pedro de Mendoza, con el tiempo comprimido solamente a Buenos Aires. La tarjeta de desembarco no es precisamente un Cuestionario Proust que nos dibuje el perfil de quien la responde, pero en ella hay cosas llamativas.

Por un lado, datos que todos conocemos: que Lorca llegó el 13 de octubre de 1933 a bordo del Conte Grande, que había embarcado en Barcelona, era español de Granada, hablaba español —y con mucha elocuencia, pero eso no podía constar en tan sucintos datos— y que sabía leer y escribir —y vaya si lo sabía—. Otras declaraciones resultan extrañas a nuestros tiempos. Por ejemplo, que no tenía defectos físicos y que era de religión católica. Esto puede pasar por formulismo burocrático, pero el hecho es que Federico siempre se consideró católico, y lo era en el más puro sentido evangélico, muy al contrario de gran parte del clero español. También declaraba el granadino su buena salud y que no había estado nunca en Argentina.

Hay, por otra parte, datos que llaman la atención. No tanto que declare la profesión de escritor, término más bien amplio que involucra a poetas, prosistas y dramaturgos, porque todos esos géneros los abordó. No había espacio para aclarar, de haberlo querido, que era también músico, dibujante, director de teatro, ‘artista total’ en dos palabras. No figura el hotel de alojamiento —el Castelar, hoy cerrado y del que se retiraron las placas que recordaban la residencia de Federico—. Y los motivos del viaje eran ‘asuntos’. Quién sabe por qué recurrió a esa respuesta ambigua y no a una más precisa, como ‘artísticos’. Finalmente, la cuestión de la edad: declara 33 años, cuando en realidad ya había pasado los 35. No fue la única vez en que la falseó, y tal vez no por coquetería sino por un afán de prolongada juventud. Cosa que, paradójicamente, le otorgó su trágica muerte, dejándolo para la historia eternamente joven.

Nos hubiera gustado que en esa ficha para pasajeros de ultramar de primera clase hubiese quedado también la firma del viajero. Lamentablemente no fue así, y el documento se cierra con el garabato de algún empleado de migraciones que de seguro ignoraba quién era Federico.